

RESEÑAS

JOSÉ DEL VALLE y LUIS GABRILL-STHEEMAN (eds.), *La batalla del idioma. La intelectualidad hispánica ante la lengua*. Vervuert-Iberoamericana, Frankfurt/M.-Madrid, 2004; 282 pp. (*La Casa de la Riqueza. Estudios de Cultura de España*, 4).

Se trata de una colección de estudios, mayoritariamente de los dos editores, dedicados a los debates que se produjeron entre España e Hispanoamérica durante el siglo XIX, sobre todo en relación con el papel que podría o debería tener la lengua española en la constitución de los países recién independizados y en las nuevas relaciones que tendrían que establecerse entre ambas partes, seguidos por dos textos denunciatorios de la manipulación del valor de la unidad de la lengua por parte de los intereses económicos españoles en Hispanoamérica y los Estados Unidos de América.

Contiene un artículo de Barry L. Velleman sobre Sarmiento y Unamuno, uno de Belford Moré sobre Bello, uno de Joan Ramón Resina sobre Unamuno, uno de John C. Landreau sobre Arguedas; sendos trabajos de los recopiladores sobre Cuervo y Valera, y sobre Menéndez Pidal, por parte de Del Valle, y de Steeman sobre Ortega y Gasset; ¡juntos, son autores del estudio introductorio “Nacionalismo, hispanismo y cultura monoglósica”, y los dos finales: “Codo con codo, la comunidad hispánica y el espectáculo de la lengua” y “Lengua y mercado: el español en la era de la globalización económica”.

El tema general del libro forma parte de los estudios de “la idea de la lengua” que se forman las comunidades lingüísticas a lo largo de su experiencia reflexiva y del desarrollo de su cultura, un tema que no es nuevo, si consideramos muchos antecedentes, que comienzan con Alfonso el Sabio, Nebrija o Juan de Valdés, y más recientemente siguen con Amado Alonso, Guillermo L. Guitarte, Fernando Lázaro Carreter, Gregorio Salvador o Ángel López García. Lo relativamente nuevo al respecto es tomar este tema como objeto central

de una investigación objetiva y relacionarlo con la construcción simbólica e ideológica de las lenguas.

En ese contexto, el título del libro parece un tanto excesivo, si uno considera que nunca se dio una verdadera batalla por la lengua en Hispanoamérica y contra España, sino que a algunos pensadores hispanoamericanos del xix se les presentaron una serie de cuestiones reales acerca del papel de la lengua española en sus países, que trataron de responder de diferentes maneras: Domingo Faustino Sarmiento, desde la confusión que le causaba la relación entre su lengua materna —el español—, su espíritu patriótico, el autoritarismo conservador y el mal estado de la literatura española de su época; Bello, con la claridad de quien se daba cuenta de que la lengua materna es una tradición histórica que va más allá de las fronteras políticas y que no podía someterse a ideas parciales y confusas acerca de su papel en los nuevos Estados hispanoamericanos, resultantes de la independencia que él mismo contribuyó a alcanzar (Belford Moré, de la Universidad de Los Andes, Venezuela, prefiere denunciarlo por “pretender hacer realidad los objetivos de la intervención del poder sobre el uso de la lengua” y entiende que en última instancia “la contribución de Andrés Bello tuvo una resonancia continental que, dada la recepción de su obra, aún tiene vigencia para determinadas esferas del poder cultural”, p. 68; aún peor, según él, el papel de la gramática de Bello “rebasa lo meramente instrumental. El grado de racionalización de las pulsiones del poder y la autoridad social de que este saber gramatical está revestido lo convierten [*sic*] en la fuente privilegiada para la legitimación de la política lingüística y de cada preferencia que se pretende imponer”, p. 69); Unamuno, con su afán de destacar la existencia de una “intrahistoria” popular hispánica, que unía a España con Hispanoamérica (pero Velleman, con R. W. Fiddian [?], prefiere afirmar que “Unamuno valoró la literatura latinoamericana [*sic*] en un contexto de recolonización, considerándola como un «proyecto de nostalgia imperial»”, p. 63); Menéndez Pidal, Valera o Cuervo, destacando de diferentes maneras la unidad de la lengua entre España e Hispanoamérica. Quizá el estudio más equilibrado y mejor argumentado sea el de Landreau sobre Arguedas y el modo en que se planteaba el papel del español en el Perú y las relaciones entre esta lengua y el quechua.

Las pocas citas anteriores darán idea del papel más denunciatorio que histórico y filológico del libro reseñado. Los dos artículos finales, que se entienden como conclusiones de todo el libro, revelan mejor ese carácter. No porque no sea verdad que la España contemporánea se haya entregado ligera y festivamente a la inclusión de la lengua entre los principales valores económicos, “activos”, como les gusta decir, de su participación en el mercado mundial, y de sus poderosas incursiones empresariales en Hispanoamérica, sino porque

tal denuncia debiera haberse mantenido separada del estudio de la idea de la lengua en el siglo XIX, en la cual el valor económico de la lengua no desempeñaba ningún papel, o debiera haberse acompañado de mejores argumentos que pudieran demostrar que Andrés Bello, Miguel de Unamuno o Ramón Menéndez Pidal realmente perseguían aviesos fines imperialistas en su defensa de la unidad de la lengua (lo cual me parece indemostrable).

Para comprender de la mejor manera posible a aquellos pensadores del siglo XIX habría que tratarlos en su contexto histórico, no sólo a base de citas entresacadas de sus obras, y habría que situarlos en el entramado de la manera en que nuestra idea de la lengua española se ha venido construyendo y modificando desde sus primeras identificaciones como lengua, que fueron resultado de un largo proceso reflexivo y simbólico, de carácter ampliamente cultural, primero, y político, después (pero “político” en el sentido más preciso de la palabra, no en el de manipulación de las ideas y los intereses de un pueblo). Por el contrario, unos más y otros menos, los autores de este libro proceden aplicando “marcos teóricos” previos tanto al nacionalismo (que no les permite distinguir el hispanoamericano del metropolitanismo y el centralismo español), como a las propuestas del papel que cabía al español en los nuevos países hispanoamericanos, que contradicen la historia y la deforman irremediabilmente, todos guiados por ese “principio de la sospecha” que heredamos del marxismo de los años 60 y 70, con su burdo mecanicismo y absolutamente hundido en su propia ideología.

La gran bibliografía hispanoamericana sobre el nacionalismo pasa inadvertida, al igual que los estudios modernos de la historia española en los siglos XIX y XX; en cambio, se fuerza su comprensión incluyendo esas dos historias en el marco general de interpretación del nacionalismo de Eric Hobsbawm. Por sus antecedentes históricos, el nacionalismo hispanoamericano no podía ser como el francés, ni como el alemán ni como el estadounidense; no podía tener fundamentos étnicos —lo impedía el mestizaje, que caracteriza la colonización española frente a las inglesa, francesa y holandesa— ni lingüísticos —también lo impedía la multitud de lenguas amerindias—; de ahí la necesidad de construir imaginarios colectivos hispanoamericanos que, tras la unidad política de cada país, dieran lugar a sus “naciones”, que superaran la diversidad lingüística y étnica de sus pueblos. Sólo a finales del siglo XX se ha comenzado a tratar de resolver el problema de la diversidad lingüística —que sí es problema, como lo demuestra el estudio de Landreau— de una manera respetuosa de los derechos a la lengua materna de sus pueblos amerindios; pero en un libro como este no se debiera tratar de denunciar simplemente las limitaciones de los pensadores del siglo XIX, haciéndolos aparecer como una especie de “intelectuales orgánicos”

del imperialismo español, sino de comprenderlas y situarlas en su verdadero contexto. Ha sido trabajo de muchos años llegar a aclarar el problema de la diversidad lingüística indoamericana y ofrecer soluciones a ella, sin desconocer el papel fundacional que tiene la lengua española para todos los países hispanoamericanos.

El otro “marco teórico” que apunta en varios artículos procede de la sociolingüística aplicada a las políticas de planificación lingüística, cuyo carácter generalizante sólo puede entenderse como una guía de las cuestiones que tiene que considerar un programa de revitalización de una lengua o de implantación en una sociedad, útil para muchas lenguas asiáticas, africanas y americanas, pero que no tiene sentido cuando se trata de lenguas como la española, cuyos procesos de construcción de una tradición lingüística culta y de elaboración de un imaginario social no fueron evidentes para sus participantes y, por el contrario, surgieron de una compleja red de realidades políticas y culturales, que España comparte con el resto de los países europeos. Llama la atención, en cambio, que los autores de este libro se hayan restringido a esa clase de programas (en particular a los de Einar Haugen y Dante Fasold) y no se hayan molestado en revisar las aportaciones del Círculo Lingüístico de Praga que, por tratar de las lenguas eslavas en Europa, están en mejores condiciones de ayudar a comprender estos procesos en el español.

Tanto Moré como Del Valle y Stheeman tienen la idea de que propugnar por la conservación de una unidad lingüística hispánica equivale a uniformarla y someterla al dictado de unos cuantos agentes imperiales. Se entiende una idea de esa clase cuando de veras se cree lo que afirman algunos académicos de la lengua, pero bastaría un conocimiento real del mundo hispánico y de su lingüística, para darse cuenta de que la unidad de la lengua sigue siendo un valor legítimo del hispanismo y de que se puede unir sin dificultad al respeto de las lenguas maternas de las poblaciones catalana, vasca, gallega y amerindia de estos países.

Los dos últimos artículos ayudan a explicar por qué el libro se llama *La batalla del idioma*. Los debates intelectuales del xix no pueden considerarse una batalla, pues personajes como Sarmiento, Alberdi o Altamirano fueron escasos y sus intentos por lograr una especie de “independencia lingüística” de Argentina y México fueron raros, en un mundo en que, aunque de manera confusa, nadie ponía en duda que la lengua española era también la lengua de los nuevos Estados hispanoamericanos. Batallas las que han librado Cataluña o el País Vasco desde mediados del siglo xix y, sobre todo, durante la dictadura franquista, en contra de la imposición exclusiva del español. Batallas las de los indigenistas peruanos o mexicanos en el siglo xx para lograr el reconocimiento legal y educativo de las lenguas amerindias en países que se conciben “monoglósicos” (pero estas “batallas” no

son el objetivo de este libro). La “batalla” que interesa a Del Valle, Stheeman y sus colegas es la que la prensa española contemporánea, en reflejo de la política neoliberal que domina el mundo, atribuye a los programas de difusión de la lengua española en Europa y los Estados Unidos de América, y al proyecto de sus grandes empresas, como Telefónica Española, Iberdrola, Repsol, BBVA, Santander, etc., por hacerse del mercado hispanoamericano, en competencia con el imperialismo estadounidense. Lejos de aprobar tal proyecto neocolonial, que no es mi intención, creo que habría valido la pena señalar que esas empresas compiten con las estadounidenses que, bajo la “Doctrina del destino manifiesto”, durante más de un siglo han considerado a los Estados Unidos de América el único país con “derecho imperial” sobre Hispanoamérica.

Es innegable que Del Valle y Stheeman tienen razón en denunciar este nuevo colonialismo empresarial español y el modo en que la Academia Española, sobre todo, y el Instituto Cervantes en menor medida, aprovechan el valor de la unidad de la lengua como cobertura ideológica del neocolonialismo. Pero también en ese punto hay que poner ciertos límites. Por ejemplo: que el Instituto Cervantes y la Universidad Nacional Autónoma de México hagan un convenio para formular un examen que certifique los conocimientos y el manejo del español de estudiantes extranjeros, equivalente al TOEFL estadounidense, o a los que hacen otros institutos oficiales de lengua europeos no es “una de entre las muchas que persiguen fijar el valor del español y conferir legitimidad a aquellos que se cree que deben ejercer un control sobre la imagen pública de la lengua y su utilización institucional” (p. 256); es simplemente regular y facilitar los estudios del español. La actitud del Instituto Cervantes ante la variedad del español es de respeto y de difusión, y no parece haber un afán de imposición del español de Castilla como única posibilidad de enseñanza. Habría sido bueno que los autores de este libro conocieran mejor los debates y las propuestas actuales acerca de la normatividad y la enseñanza del español a extranjeros.

Así, *La batalla del idioma* resulta de poca utilidad; pero paradójicamente por eso invita a revisar con prolijidad y a situar adecuadamente a los pensadores del siglo XIX que toma como objeto, y a estudiar la idea de la lengua española que hemos heredado los hispanohablantes.

LUIS FERNANDO LARA
El Colegio de México